

CHOPIN EN MALLORCA

ESTA RETIRADA DE LOS SALONES PARISINOS TENÍA QUE PROPORCIONARLES UN ESCENARIO ÓPTIMO PARA SU HISTORIA AMOROSA; EN REALIDAD AMBOS ASISTIRÁN AL CREPÚSCULO DE ESTA PASIÓN: ÉL SUMIDO EN LA ANGUSTIA; ELLA, AGOBIADA POR LAS MANÍAS DEL “ENFERMO”.

JOSÉ CARLOS LLOP-CARRATALÀ ESCRITOR



“Estamos en Palma, entre palmeras, cedros, aloes, naranjos, limoneros, higueras y granados, los árboles que el *Jardín des Plantes* sólo posee gracias a sus estufas” —escribe Chopin el 15 de noviembre de 1838 a su amigo Fontana—. “Brilla el sol todo el día” —prosigue más adelante— “y la gente viste como en verano, pues hace calor. Por la noche, durante horas enteras, se escuchan canciones y el son de las guitarras. Las casas tienen enormes bal-

cones de los que cuelgan las parras, y sus muros son de la época de los árabes... La ciudad, como todo lo que aquí hay, recuerda a África... En una palabra, ¡una vida deliciosa!... Estoy muy cerca de lo más hermoso del mundo, soy un hombre mejor”.

Frederic Chopin había llegado a Mallorca una semana antes a bordo de *El Mallorquín* —un vapor dedicado al transporte de cerdos— en compañía de su amante George Sand y los hijos de ésta, Maurice

y Solange. La salud del primero obligó a la escritora a viajar hacia climas más cálidos. Chopin dejó París siguiendo a su amiga y buscando una mejoría para su estado, delicado también. Esta retirada de los salones parisinos tenía que proporcionarles un escenario óptimo para su historia amorosa; en realidad ambos asistirán al crepúsculo de esta pasión: él sumido en la angustia; ella, agobiada por las manías del “enfermo”. Las palabras de Chopin dirigidas a Julio Fontana adquirirán, con

el transcurso de las semanas, una atmósfera sombría que derivará hacia el abandono de la isla y la posterior metamorfosis de su relación, convertida ya en cenizas o, peor todavía, en “una adoración muy maternal” por parte de ella. George Sand escribiría años más tarde, en *L’Histoire de ma vie*: “Nuestra estancia en la Cartuja de Valldemossa fue un suplicio para él y un tormento para mí. Afable, jovial, encantador en sociedad, el Chopin enfermo era desesperante en la estricta intimidad”.

A su llegada a Mallorca, se había declarado en la isla el estado de guerra. En el norte de España luchaban carlistas y liberales. Palma acogía, por aquel entonces, a casi ocho mil fugitivos de aquella guerra civil. Frederic Chopin prescindirá de estos detalles, tan ajenos a sus preocupaciones, en su correspondencia. Gozando todavía de una fase de esplendor sentimental en compañía de Sand, sólo dos asuntos le atormentaban en principio, la propia salud y la obtención de un piano que Pleyel le había enviado desde París y que se retrasó. “Sueño música” —escribe— “pero no la hago porque aquí no hay piano. En ese aspecto, éste es un país salvaje”. A fines de noviembre sufre un nuevo ataque de tisis y la fiebre le causa estragos. Pese a ello, una vez superada la crisis, escribe, irónico, a Fontana: “Durante las tres últimas semanas he estado

enfermo como un perro, a pesar de una temperatura de dieciocho grados, a pesar de las rosas, los naranjos, las palmeras y las higueras en flor. He tenido mucho frío. Los tres médicos más importantes de la isla se han reunido en consulta. El uno olía mis expectoraciones; el otro percutía el lugar de donde habría brotado la expectoración; el tercero auscultaba mientras yo expectoraba. El primero dijo que moriría, el segundo que estaba muriéndome y el tercero que ya había muerto”.

A fines de diciembre abandonan la ciudad y se instalan en una celda de la Cartuja de Valldemossa, cuya expropiación por la Ley Mendizábal la ha convertido en propiedad de distintos particulares. Allí consiguen un piano vertical mallorquín y, días más tarde, llega el anhelado Pleyel. Compone el *Preludio* n.º 6 en si menor; la *Balada* en fa mayor, opus 38; el *Scherzo* en do sostenido menor, opus 39; las dos *Polonesas* en la mayor y en do menor opus 39; la *Mazurca* en mi menor opus 41 n.º 2 y los esbozos para la *Sonata* en si bemol, opus 35, y de los dos *Nocturnos*, opus 37. Escribirá a Fontana: “Imagíneme sin guantes blancos, con los cabellos sin rizos, pálido como de costumbre. Mi celda tiene forma de ataúd... Las obras de Bach, mis manuscritos, mis notas y otros papelotes, eso es todo lo que poseo. Impera una calma absoluta; se

puede gritar muy fuerte sin que nadie pueda oírte. En una palabra, te escribo desde un lugar muy extraño.”

En ese lugar “tan extraño”, Chopin vivirá la nostalgia de la mundanalidad parisiense, sufrirá la frustración del amor y sentirá miedo. Un miedo denso —como la niebla que desciende sobre Valldemossa cuando oscurece— que le hará componer algunas de sus mejores páginas. Entre una melancolía lúgubre y los continuos accesos de tos, en ciertos momentos no reconoce a la Sand ni a sus hijos. Una vez los imagina muertos, como él mismo, bajo la tormenta. Hay días en los que casi no sale de la celda ya que cree que los fantasmas de los monjes muertos le acechan desde los corredores. Pese a ello, Chopin arrebatará tiempo al desvarío para organizar las ventas de sus originales desde la cartuja y mostrarse como un implacable hombre de negocios —una de esas paradojas ocultas en el Romanticismo—. George Sand, entre la revancha y la tristeza, será el minucioso notario del abatimiento y el horror del músico polaco. El 12 de febrero de 1839 abandonan Valldemossa; al día siguiente embarcan, en el puerto de Palma, hacia Barcelona. Desde allí partirán en barco hacia Marsella. La fatiga de su encierro les ha impedido terminar el invierno en la isla y marcará para siempre —de un modo irreversible— la vida de ambos artistas. ■